

El cuervo de Mízzaro

Trepando un día por las peñas de Mízzaro unos pastores desocupados, sorprendieron en su nido a un enorme cuervo que, pacíficamente, incubaba los huevos.

—¡Eh, pazguato! ¿Qué estais haciendo? ¡Venid a ver! ¡Está incubando los huevos! ¡Eso es cosa de tu mujer, pazguato!

No es de creer que el cuervo dejase de exponer sus razones; las expuso, mas en lenguaje cuervesco; y no le entendieron. Los pastores entretuviéronse en atormentarlo durante todo el día; después, uno de ellos, se lo llevó al lugar; mas a la mañana siguiente, no sabiendo ya qué hacer de él, le ató, como recuerdo, una campanilla de bronce al cuello y le dejó en libertad:

—¡A gozar!

* * *

La impresión que le produciría al cuervo aquel colgajo sonoro, sólo él podría saberlo, que lo paseaba por el cielo. A juzgar por los amplios vuelos a que se entregaba, arriba, arriba, a lo alto, parecía deleitarse, como perdidos en su memoria el nido y la hembra.

—«Din, dindín, din, dindín...»

Los labriegos que, encorvados, labraban la tierra, al oír aquel repiqueteo se enderezaban; miraban aquí y allá, asombrados, hacia las llanuras interminables, bajo la gran llamarada del sol:

—¿Quién toca? ¿Dónde tocan?

No soplabla la más ligera ráfaga de aire. ¿De qué lejano campanario podría llegar hasta ellos aquel alegre repique?

Todo se lo podían imaginar, menos que un cuervo produjera aquellos sonidos así, en el aire.

—¡Espíritus!—pensó Quico que, solo, trabajaba en su fundo, cavando zanjas, junto a los almen-dros, para llenarlas después de estiércol. Y se signó. Porque él creía, ¡uy, y de qué manera!, en los espíritus. ¡Lo había podido comprobar tantas veces! Hasta, en alguna ocasión, se había oído llamar, al volver anochecido del campo, a lo largo de la carretera, junto a los apagados ladrillares, donde, según rumor, tenían su alojamiento. Llamar, sí; se había oído llamar: «¡Quico!», ¡Quico!», talmente. Y los cabellos se le habían erizado debajo de la gorra.

Aquel repiqueteo lo había oído él antes, desde

lejos, luego de cerca, de lejos otra vez; en todo el contorno no había alma viviente: campo, árboles, plantas, que no hablaban, ni oían, y que, con su misma impasibilidad, acrecían su desconcierto. Luego, al ir a buscar el almuerzo, que por la mañana se había llevado de la casa—un panecillo y una cebolla—, que dejara en la alforja, en unión de la chaqueta, algo lejos de allí, colgadas en la rama de un olivo, ¡oh, señores: vió que la cebolla, sí, estaba en la alforja, pero el panecillo no lo había encontrado! ¡Y en pocos días tres veces!

No había dicho nada a nadie, porque bien sabía que cuando los espíritus la tienen tomada con uno, ¡ay, del que se queje!: te toman por su cuenta y es peor.

—No me encuentro bien —decía Quico a su mujer al volver del campo, cuando le preguntaba por qué tenía aquel aire de atontado.

—¡Pero, comes!—le hacía observar, a poco, la mujer al verle engullir, uno tras otro, tres o cuatro platos de sopa.

—¡Como, sí! —mascullaba Quico, en ayunas desde la mañana y con la agravante de no poderse desahogar.

Hasta que, por los campos, se esparció la noticia de aquel cuervo ladrón, que iba sonando su campanilla junto al cielo.

Quico tuvo el desacierto de no saber reír de ello, como los demás labradores que habían tenido aprensión.

—¡Prometo y juro—dijo—que se las haré pagar!
¿Y qué hizo? Se llevó en la alforja, en unión del panecillo y la cebolla, cuatro habas secas y cuatro hebras de bramante. En cuanto llegó al fundo, quitó la albarda al borriquillo y le encaminó hacia una cuesta, a que comiera los rastros que habían quedado. Con aquel borriquillo hablaba Quico como se habla con un cristiano; y el borrico, enderezando ora esta, ora la otra oreja, de cuando en cuando resoplaba, como para responderle de alguna manera.

—¡Ve, Cicio, ve!—le dijo aquel día—¡Y ffjate bien, que nos vamos a divertir!

Agujereó las habas; las ató a las cuatro hebras de bramante sujetas a la albarda y las colocó en el suelo, sobre la alforja. Luego se alejó para ponerse a labrar.

Pasó una hora; pasaron dos. De cuando en cuando, Quico suspendía la labor, creyendo oír el sonido de la campanilla en el aire; enderezábase, tendía el oído. Nada. Y volvía de nuevo a labrar.

Llegó la hora del almuerzo. Perplejo, sin saber si ir por el pan, o aguardar todavía un poco, Quico se movió al fin; pero después, al ver tan bien dispuesta la trampa sobre la alforja, no quiso estropearla; en esto, oyó claramente un lejano repiqueteo; levantó la vista:

—¡Allí estaba!

Y, calladito, calladito, latiéndole fuertemente el corazón, dejó aquel sitio y se ocultó lejos.

El cuervo, no obstante, como si gozara con el sonido de la campanilla, revoloteaba en lo alto, en lo alto, y no bajaba.

—Puede que me vea—pensó Quico; y se levantó para ocultarse más lejos aún.

Mas el cuervo siguió volando en lo alto, sin dar señales de querer descender. Quico tenía hambre; mas no quería darla por vencida. Volvió a labrar. ¡Espera, espera! El cuervo, siempre allí arriba, como si lo hiciera aposta.

Hambriento, con el pan a dos pasos de él, allí, sí, señores, ¡y sin poder tocarlo! Se recomía por dentro, pero resistía, irritado, obstinado.

—¡Bajarás, bajarás! ¡También tú debes tener hambre!

Y el cuervo, mientras tanto, desde el cielo, parecía responderle burlón, con el sonido de la campanilla:

—«¡Ni tú, ni yo!» «¡Ni tú, ni yo!»

Así pasó el día. Quico, exasperado, se desahogó con el borriquillo, volviéndole a colocar la albarda, de la que pendían, como un adorno de nuevo género, las cuatro habas. Y, ¡andando!, mordisqueando, como un rabioso, aquel pan que había sido durante todo el día su martirio. Y, a cada bocado, una palabrota dirigida al cuervo: «¡verdugo!», «¡ladrón!», «¡traidor!»... porque no se había dejado cazar por él.

Pero, al día siguiente, le fué bien.

Una vez preparada la trampa de las habas con

igual esmero, no había hecho más que ponerse al trabajo, cuando oyó un repiqueteo descompuesto allí cerca y graznar desesperadamente, entre un fuerte batir de alas. Acudió.

El cuervo estaba allí, sujeto por el bramante que le salía del pico y le ahogaba.

—¡Ah! Has caído, ¿eh?—le gritó aferrándole por los alones—Estaba buena el haba, ¿eh? Ahora me toca a mí, ¡animalucho! Ya verás.

Cortó el bramante; y, como para empezar, asentó al cuervo dos manotazos en la cabeza.

—¡Este, por el miedo, y éste, por los ayunos!

El borrico, que estaba por allí cerca mordisqueando los rastrojos, al oír graznar al cuervo, escapó asustado. Quico le detuvo con la voz; después, desde lejos, le enseñó el negro animalucho:

—¡Aquí está, Cicio! ¡Lo tenemos!

Lo ató por las patas; lo colgó de un árbol y volvió al trabajo. Mientras labraba comenzó a pensar en la venganza que tomaría. Le cortarían las alas para que no pudiese volar; luego se lo entregaría a sus hijos y a los demás chiquillos de vecindad para que se entretuvieran con él... Y se reía entre sí.

Al anoecer, colocó la albarda sobre el borriquillo; cogió el cuervo y le colgó por las patas a la grupa; montó, y ¡en marcha! La campanilla, sujeta al cuello del cuervo, comenzó a sonar. El borriquillo enderezó las orejas y se detuvo.

—¡Arre!—le gritó Quico, dando un tirón de la cabezada.

Y el animal echó a andar, poco persuadido, no obstante, por aquel ruido insólito, que acompañaba al de sus cascos en la lenta marcha a lo largo de la polvorienta carretera.

Quico iba pensando en que, desde aquel día, en los campos nadie volvería a oír repiquetear por los aires al cuervo de Mízzaro. Lo tenía allí, y no daba ni señales de vida el maldito avechucho.

—¿Qué haces?—le preguntó volviéndose y dándole en la cabeza con la cabezada—¿Te has dormido?

Y el cuervo, al golpe:

«¡Crah!»

Ante aquel inesperado graznido, el borrico se paró de pronto, con el cuello extendido y las orejas enderezadas. Quico soltó una carcajada.

—¡Arre, Cicio! ¿Qué? ¿Te asustas?

Y golpeó al asno, en las orejas, con la cuerda. Poco después, volvió a repetir al cuervo la pregunta:

—¿Te has dormido?

Otro golpe más fuerte. Más fuerte aún el cuervo:

—«¡Crah!»

Pero esta vez el burro dió un salto de carnero y emprendió la fuga. En vano Quico con toda la fuerza de las manos y de las piernas trató de contenerlo.

El cuervo, sacudido por aquella precipitada fuga, se dió a graznar a la desesperada; y cuanto más graznaba, más corría el asno espantado.

—«¡Crah!», «¡crah!», «¡crah!»

Quico ululaba, a su vez, tirando de las riendas; pero ambos animales parecían ya enloquecidos por el terror, que mutuamente se infundían: uno graznando y el otro huyendo. Sonó durante un gran rato en la noche aquel correr desesperado; después el estrépito de una caída, y después nada.

Al día siguiente, en el fondo de un barranco, fué hallado el cuerpo de Quico completamente destrozado, bajo el borriquillo, destrozado también; un osario que humeaba al sol entre una nube de moscas.

El cuervo de Mízzaro, negro en el azul de la clara mañana, repicaba nuevamente en los cielos, libre y feliz.